

Soplando la potente fragua

Estudios sobre clase y lucha de clases
en el capitalismo contemporáneo



Laura Huertas y Sebastian Ramirez (Comp.)

GEACH

Extramuros
ediciones

Theomai
libros

Actualidad de la lucha de clases

*Flabián Nievas*¹

¿A qué se debe que, iniciando la tercera década del siglo XXI, pocos académicos incluyan en sus discursos el sintagma “lucha de clases”? Alguien distraído puede pensar que ya no existe, que la misma quedó superada; la mayoría, en cambio, supone que es una teoría que ya no está de moda, lo que de manera opaca sugiere cierta obsolescencia, cierta pérdida de utilidad —ya que no hay refutación de la misma— o aparición de teorías superadoras; pero aquí sostendremos que su retrainimiento tanto en los ámbitos académicos como en los políticos es expresión, justamente, del estado de la lucha de clases. Entendiendo la misma no de sujeto a sujeto, sino como la actividad social que surge de condiciones de existencia antagónicas entre grupos sociales, la lucha de clases abarca la totalidad de la actividad social, aunque no tenga la misma intensidad en cada una de las mismas. Es decir que hablar de lucha de clases significa, ante todo, la puesta en acto de los antagonismos sociales.

Aunque se suele identificar la teoría de la lucha de clases con la teoría marxista, lo cierto es que la primera preexiste a la segunda. El propio Marx decía, en una carta que le envió a Joseph A. Weydemeyer en 1852, que no podía computársele haber descubierto la lucha de clases, sobre la que, antes que él, escribieron muchos historiadores burgueses. Dicha asociación, no obstante, existe; así como también la imagen de trabajadores en huelga que, por cierto, aunque expresa la lucha de clases, de ninguna manera agota a la misma, que no se restringe de forma exclusiva al ámbito laboral. Probablemente, esa identificación tan fuerte con las luchas gremiales de cuño tradicional es lo que ayuda a una visión restringida y episódica de la misma —incluso, en su versión más distorsionada, se la considera efecto voluntario de acciones em-

1. Universidad de Buenos Aires / CONICET - Instituto Gino Germani.

prendidas para tal fin—. En un mundo —y en un país— en el cual el trabajo formal crecientemente va tornándose una situación de relativo privilegio entre los productores de plusvalor, se comprende que la conexión entre la dinámica laboral, con sus tensiones, y la teoría de la lucha de clases, pierda nitidez. Pero esto no minimiza la potencia de dicha teoría, sino que invita, por el contrario, a explorarla en todo su potencial.

Todo depende, en definitiva, de las herramientas que permitan analizar el fenómeno en toda su extensión. En tal sentido, si bien los historiadores burgueses se anticiparon en la descripción de las luchas de clases, el materialismo dialéctico ha hecho un aporte invaluable para entender la lucha de clases en toda su dimensión. Fundamentalmente nos permite no sólo observarla, sino —y esto es lo trascendente— observar los diferentes estadios de la misma, es decir, calibrar los rangos de actividad en que se desarrolla.

La lógica dialéctica es la que nos orienta en la resolución de lo que, para la lógica formal, es una contradicción irreductible: que algo es a la vez idéntico y distinto a sí mismo: la lucha de clases es invariante en su dinámica, discriminada por estadios, y a la vez varía constantemente en su manifestación.

En esta breve presentación abordaremos algunos de los rasgos específicos de la lucha de clases en la actualidad, las novedades en sus formas, sin que ello afecte la lógica en que la misma se sustenta.

I

Sabemos que el capitalismo se caracteriza por la producción de plusvalor,² y ese plusvalor se traduce en ganancias apropiadas privadamente por grupos cada vez menores, debido al doble proceso de concentración y centralización. Para enero de 2020, según la ONG Oxfam, “[l]os 2153 milmillonarios que hay en el mundo poseen más riqueza que 4600 millones de personas (un 60% de la población mundial)”³. Resulta evidente que la polarización en las condiciones de existencia potencia el antagonismo del que la lucha de clases no es más que su expresión. Sin embargo, resulta más dificultoso observarla

2. En varios pasajes de *El capital* Marx (1986) explicita que el rasgo distintivo del capitalismo no es la producción de mercancías, sino de plusvalor, que es lo que constituye la lógica del capital. Esto se encuentra tanto en el texto publicado por él (el Libro I: “La producción capitalista, [...] en esencia es producción de plusvalor [...]” (Marx, 1986: 320), como en los dos publicados por Engels. (Cf. Nieves, 2016: 229).

3. <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>

hoy que cuando esta disparidad no era tan pronunciada. La presencia de su estudio ha mermado en la academia, a diferencia de lo que ocurría hace medio siglo —aunque nunca tuvo presencia excluyente en nuestro país— y también es marginal entre los discursos políticos. Intentar entender este fenómeno, en apariencia paradójal, requiere que tengamos una mirada global del proceso en las últimas décadas.

La última oleada revolucionaria a escala mundial alcanzó su cénit a fines de los '60, inicios de los '70 del siglo pasado. La derrota del campo revolucionario en este ascenso de la lucha de clases no sólo hizo descender el nivel de la misma, sino que, como nada vuelve al pasado, reconfiguró las relaciones de poder en una perspectiva más favorable a la valorización del capital, producto de una reestructuración de las relaciones de producción y de las cadenas de valorización.

Casi inmediatamente después, a nivel mundial, comenzó una incipiente ofensiva ideológica conservadora, que contó —lo que no debe sorprender— con algunos intelectuales que habían participado del ascenso revolucionario derrotado. La primera sentencia fue la muerte de “los grandes relatos” y, particularmente, del marxismo. Lyotard publicó *La condición postmoderna* en 1979, y nueve años después Francis Fukuyama se hizo mundialmente conocido por su panfleto “El fin de la historia”, originalmente aparecido en el número estival de la revista *The National Interest*. Estos trabajos fueron referenciales para toda una ola de producciones que expresaban la nueva hegemonía, que dieron un marco simbólico singular al desmontaje de barreras físicas fronterizas entre el primer y el segundo mundo: Hungría comenzó a desmontar las barreras con Austria, lo que finalmente presionó para el desmantelamiento del muro que rodeaba a Berlín occidental. La “caída del muro” fue interpretada como el fin de las barreras, cuando en realidad, irónicamente, era el comienzo de la extensión de las mismas. Entre fines del siglo pasado y lo que va del presente, han proliferado exponencialmente los muros fronterizos: cuatro años después de dicho acontecimiento Clinton comenzó a construir una muralla en su frontera sur, que fue extendida por Bush y Obama mucho más que por Trump; tras la crisis financiera de 2008 la ola de inmigración de África a Europa fue resistida con la construcción de más murallas (Grecia y Bulgaria construyeron una verja fronteriza con Turquía, Turquía hizo un muro de hormigón de 800 km. en su frontera con Siria, Hungría con Serbia, Austria con Eslovenia, Eslovenia con Croacia, Macedonia del Norte⁴ con Grecia, Austria con Italia, Francia con Inglaterra

4. Este es el nombre oficial desde febrero de 2019 para el territorio que había sido la República Socialista de Macedonia, integrante de la federación yugoslava hasta su salida de dicha federación en 1991, cuando adoptó el nombre de Ma-

—el Gran Muro de Calais—, etc.). A esto se deben sumar otros muros, como los contruidos por Israel y los que se extendieron en gran parte de Asia. Casi no hubo registro de semejante fenómeno, y aún se sigue pensando en la “caída” del muro de Berlín como hecho significativo, pese a que la proliferación de murallas ha llevado a que las mismas sean criticadas por grupos conservadores —que veían en la entrada de inmigrantes una presión a la baja para los salarios nacionales— y, por los mismos motivos, defendidos por grupos de izquierda (Frye, 2019).

Este simple ejemplo nos muestra cómo la nueva configuración cognitiva, que excluye el registro de la lucha de clases, en absoluto hace que la misma desaparezca, sino tan sólo —lo que no es menor—, que no se la entienda teóricamente. Se produjo una suerte de castración ideológica, cuyo efecto es la incomprensión de las dinámicas sociales en su lógica profunda.

II

Una de las virtudes de la teoría de la lucha de clases, que demuestra su enorme potencia hermenéutica, es que puede explicar su creciente pérdida de aceptación, ya que las teorías son, en gran medida, fruto de las dinámicas sociales. No están determinadas por éstas, pero sí fuertemente condicionadas por las mismas. Y esto es válido incluso para las ciencias naturales, sobre las que se ha escrito mucho y variado, pero en algunos casos con ribetes insospechados para el lego, como los vínculos entre las condiciones sociales y las teorías físicas que establecieron, por ejemplo, Boris Hessen ([1931] 1989) sobre la construcción de la mecánica de Isaac Newton, y Paul Forman —discípulo de Thomas Khun— sobre las condiciones sociopolíticas que posibilitaron la emergencia de la teoría cuántica (1984).⁵ No resulta difícil sospechar que, si se logra enlazar a las teorías de ciencias naturales con las condiciones sociales, es bastante más vinculable la teoría social con la dinámica colectiva.

Aunque la lucha de clases fue descripta por los historiadores burgueses antes de Marx, fueron él y Engels quienes comenzaron a edificar una teoría sobre la misma. El anclaje sistemático comenzó en 1848, con la publicación

cedonia, que fue impugnado por Grecia, por lo que adoptó el curioso nombre provisorio de “Antigua República Yugoslava de Macedonia”, hasta que en 2019 se acordó la nueva designación.

5. Este tipo de vínculos fue abordado por Vinck (2014), y han estado siempre muy presentes en la tradición marxista (Woods; Grant, 2002), como se reconoce desde fuera de la misma (Schummer, 2011), inaugurada ya por Engels (1975 y 2017).

del *Manifiesto del Partido Comunista*, en el que se retoman y desarrollan algunas ideas ya expuestas en la respuesta de Marx a la publicación de Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, la icónica *Miseria de la filosofía*. En ambas obras encontramos los dos elementos centrales de tal teorización: la existencia de estadios de desarrollo de la lucha, con lógicas y dinámicas propios para cada uno de ellos, y la movilidad entre los estadios, lo que implica no sólo progresividad, sino también regresividad. Esto significa que los estadios son morfológicos, mientras que las luchas son históricas, temporalmente irreversibles, aun cuando hay etapas en las que se desarrollan en estadios inferiores a los históricamente precedentes. Dicho en términos que podemos representar gráficamente (haciendo abstracción del espacio, para simplificar): si tenemos dos coordenadas cartesianas, X e Y, representando la primera el grado de desarrollo de la lucha de clases, y la segunda el tiempo histórico, podríamos observar una onda que asciende y desciende por períodos, mostrando que hay puntos que difieren en Y, pero están en la misma posición de X.

Dado que la lucha de clases es una síntesis de la actividad social, la misma puede descomponerse en acciones primordialmente por los recursos (económicas), de poder (políticas) y de formas de entender y conocer (ideológicas/teóricas). En tal sentido, un desarrollo de la lucha de clases, un ascenso de la misma, implica mayores disputas por los recursos entre poseedores y desposeídos, mayores disputas entre dominantes y dominados, y una mayor deslegitimación de las formas de entender y conocer funcionales al sistema de producción/dominación vigente. Cuando la lucha desciende, no desaparecen tales disputas, ni en cantidad ni en virulencia, pero cambian los lugares de los agentes de la misma: las disputas por los recursos se dan principalmente entre poseedores entre sí y desposeídos entre sí; las relaciones de poder se mantienen firmes, pero las disputas son entre dominadores, por la hegemonía, y entre dominados, como tropa de las fracciones dominantes; y las formas de conocer y entender pierden capacidad crítica y se armonizan con el sistema de producción/dominación.

Centrándonos en esta última dimensión, la de la lucha ideológica/teórica, el ascenso de la lucha de clases implica un incremento en la capacidad de objetivación simbólica de la actividad social, mientras que el descenso conduce a la subjetivación de la misma, a la pérdida de capacidad de entender la realidad en sí misma, de manera independiente a las valoraciones que indefectiblemente tenemos sobre ella. En otras palabras, el desarrollo de la capacidad de conocer, que es parte del ascenso de la lucha de clases, revierte en una involución de dicha capacidad en los procesos de descenso de la lucha de clases. Esta observación choca con la infantil

idea de la progresividad indefinida del conocimiento: que todo lo que se aprende se acumula de manera ineluctable (incluidos los errores y caminos inconducentes, que quedan como beneficio de inventario)⁶. Lo real es que los humanos tenemos, como individuos y como especie, tanto capacidad de aprender como de desaprender (de ilustrarnos como de embrutecernos). Los mecanismos se han estudiado bastante en su sentido positivo (aprendizaje) y casi nada en su sentido negativo (desaprendizaje). Pero los estudios más específicos se han centrado en individuos y no en conjuntos sociales, aunque los individuos sólo existen socialmente. Los dos investigadores de mayor talla en esto, Piaget y Vigotsky, encontraron que los mecanismos de desarrollo cognitivo se potencian con la cooperación. Pero, ¿qué ocurre cuando socialmente lo que prima no es la cooperación -es decir, la operación conjunta entre iguales- sino la competencia, su opuesto? Aunque la competencia pueda ser un estímulo positivo en muchas actividades sociales, en la creación de conocimientos es claramente nociva. Cada generación se encuentra en condiciones no creadas por sí misma, sino heredadas: algunas generaciones se han socializado en situaciones en las que prima la cooperación, y a otras les ha tocado hacerlo en las que prima la competencia. Entonces, no hay un problema en la cualidad intelectual de los individuos, sino que hay mecanismos sociales que potencian o debilitan la capacidad de entendimiento científico de lo social. La ciencia se basa en la cooperación; cuando prima la competencia se ralentiza su desarrollo.

La pérdida de capacidad de objetivación simbólica se expresa en el ascenso de la subjetivación simbólica, se instalan las miradas fetichistas, y se debilitan los consensos de mensurabilidad. La lucha de clases se expresa, entonces, mayoritariamente, entre iguales (o similares); es la famosa lucha de pobres contra pobres, y de poderosos contra poderosos (procesos de concentración y centralización descritos en el cap. XXIII del primer tomo de *El capital*). Los disparatados movimientos antivacunas y terraplanista son la expresión grotesca de una lógica que está inmersa en muchos otros, igualmente anticlasistas. La orfandad teórica queda a la vista en la pretensión de generar un lenguaje “inclusivo”, bajo el supuesto implícito que, modificando las designaciones, modificamos las relaciones,⁷ que ya no se localizan en las

6. Esta es una peculiaridad de las ciencias sociales, aunque también se pueden identificar errores recurrentes en las ciencias naturales.

7. Para sopesar esta sagaz pretensión basta con leer un párrafo escrito en 1846: “Un hombre listo dio una vez en pensar que los hombres se hundían en el agua y se ahogaban simplemente porque se dejaban llevar de la *idea de la gravedad*. Tan pronto como se quitasen esta idea de la cabeza, considerándola por ejemplo como una idea nacida de la superstición, como una idea religiosa, quedarían

clases, sino en la versión confusa del sexo, que es el género definido a partir de la autopercepción. Este individualismo exacerbado está, desde el punto de vista teórico, retrasado respecto de, por ejemplo, los planteos de Max Stirner, tan vituperados por Marx y Engels en *La ideología alemana*. Pareciera inverosímil que aún haya que argumentar que la identidad no surge de la propia persona, sino de una compleja interacción en la que, como dicen los psicólogos, es fundamental la “mirada del otro”.

No obstante, no estamos frente a un problema de argumentación. Esa es la forma social que toma la relación de fuerzas entre las clases. En tanto las energías sociales de los grupos y sectores que históricamente han dinamizado la lucha de clases, se disipen intentando resolver la cuadratura del círculo — como ocurre con fracciones feministas que se pretenden clasistas, intentando conciliar ambos términos de un oxímoron, ya que son dos parámetros cuya primacía es mutuamente excluyente (ordenar las agendas teórico-políticas según el género o la clase)— las estructuras de poder realmente existentes se fortifican. La eficacia —y potencia— del poder radica en su invisibilidad. Y si las lentes teóricas enfocan parámetros inadecuados para observarlas, por cuanto construyen objetos-fetiché, aquellas estructuras se tornan aún más invisibles. Ergo, se tornan más eficaces y potentes.

El indicador de la potencia de esta configuración es el mecanismo de la “corrección política”, un fuerte aparato de control que inhibe posibles críticas, instalando la autocensura. Si Bentham soñó con un policía interno que condicione las acciones de los sujetos, hoy tenemos una policía del pensamiento, más eficaz incluso que la imaginada por George Orwell.

Se ha establecido con la pétrea solidez del prejuicio la noción de “violencia de género”, que desiguala la valoración de la vida humana en función del sexo: si, en idénticas condiciones, un hombre mata a una mujer es más grave que si una mujer mata a un hombre. Esto vulnera el principio elemental de la modernidad, que es la igualdad jurídica de la vida humana. Son formas de establecer la sospecha en el par, entre personas socialmente iguales, que se las desiguala por sexo, igualando por sexo a personas socialmente antagónicas. ¿No es acaso eso lucha de clases? ¿No es la preconizada lucha de los desposeídos contra los enemigos de su enemigo? Marx decía que en el interior de cada uno de los bandos antagónicos hay luchas, y que el bando en que menos se golpean entre sí, es el que sale vencedor.

Muchas reivindicaciones del movimiento feminista van en línea con el desarrollo del capitalismo. El capitalismo ha sido siempre el gran igualador

sustraídos al peligro de ahogarse. Ese hombre se pasó la vida luchando contra la ilusión de la gravedad, de cuyas nocivas consecuencias le aportaban nuevas y abundantes pruebas todas las estadísticas” (Marx y Engels, 1985: 11-12).

III

Hoy no asistimos a luchas políticas revolucionarias. Tenemos luchas económicas permanentes, pero es, sobre todo, una lucha interburguesa por la distribución del plusvalor y la renta, y, en segundo plano, una lucha de un sector de los asalariados en defensa del precio de venta de su fuerza de trabajo. Esta ofensiva de las clases dominantes se da en el marco de un enorme despliegue de recursos para activar dispositivos ideológicos que tornen ineficaces o irrelevantes los embates que puedan realizar algunos sectores sociales. No es, por supuesto, nada nuevo en cuanto a modalidad, pero sí lo es por su magnitud y profundidad. Estos dispositivos hacen que muchas luchas que se libran en un sentido pretendidamente progresivo, resultan regresivas; que las pretendidas emancipaciones no sean más que mayores sojuzgamientos y que, en nombre de la igualdad, se agudicen las diferencias.

Esto no es algo nuevo. En 1880 Paul Lafargue, en un texto que simpatizaba mucho a su suegro (Attali, 2007: 332/3) denunciaba la colonización ideológica de la clase obrera cuando ésta, ya en la revolución de 1848, reclamaba el “derecho al trabajo” en lugar del derecho al ocio (1955: 44/5). Pero observemos algunas de ellas en la actualidad. Hace unos años, un grupo de sindicatos de docentes universitarios, muchos de ellos signados como “combativos”, emprendieron una lucha en favor de que los docentes e investigadores no tengamos la obligación de jubilarnos a los 65 años, sino que tengamos la opción de hacerlo a los 70. Esta lucha se libró con el argumento de que esa era una edad demasiado temprana dada la prolongación en la expectativa de vida. Es el mismo argumento que utilizan algunos organismos internacionales, entre ellos el FMI, para “sugerir” a los gobiernos que prolonguen la edad jubilatoria en general, disminuyendo de tal modo el gasto social y, con ello, el déficit primario estatal, madre de todos los males en el credo neoliberal. Lo políticamente progresivo hubiera sido luchar por la baja de la edad jubilatoria, pero se tomó como centro de la observación el estado de ánimo de los “jubilables”, que no concebían el trabajo como algo eminentemente creativo y hasta lúdico, rompiendo con el molde de trabajo asalariado, y asumiendo el lugar que el capitalismo asigna a la vejez: personas pasivas, descartables. Se le suma que las jubilaciones suelen fluctuar a la baja, tornándose otro factor naturalizado sobre el que se considera casi imposible variar.

Algunos sectores feministas propugnan la remuneración de las tareas de cuidado. Esto es sumamente interesante, porque implica la monetización de tareas que, hasta el momento, se realizan solidariamente. La sustitución de las relaciones solidarias por relaciones dinerarias es una de las formas de expansión capitalista. A la primera forma de expansión, horizontal, que

fue conquistar las distintas superficies habitadas del planeta, le siguió, en el tiempo, una expansión “vertical”, es decir, penetrando en actividades hasta entonces desarrolladas por fuera de la lógica capitalista. El cuidado de niños, enfermos y ancianos, tradicionalmente a cargo del núcleo familiar, fue desplazándose progresivamente a instituciones especializadas: la guardería, el hospital y el geriátrico, en las que progresivamente se instalaron relaciones capitalistas, es decir, relaciones mercantiles: cuidados que se hacen a cambio de dinero. Para ganar ese dinero, es necesario que más miembros de la familia se incorporen al mercado de trabajo. Todo esto aparece ya tematizado en *El Manifiesto del Partido Comunista*. El ocio también ha sido colonizado por los vínculos mercantiles, hoy es casi imposible divertirse si no es mediante el dinero. Pero aún subsisten núcleos de relaciones comunitarias-solidarias. A su eliminación apunta, inadvertidamente, esta idea.

Estas iniciativas, y otras similares, se dan en el marco de un incipiente proceso de desterritorialización y reterritorialización a nivel mundial que desestructura las formas tradicionales de lucha de la clase obrera en los sectores afectados por este proceso. Este proceso ocurre a partir del desarrollo, inédito en la historia, de una nueva dimensión espacial: el ciberespacio, que se agrega, modificando las relaciones que siempre se desarrollaron espacialmente en dos o tres dimensiones (la mayoría de las relaciones se desarrollan en dos dimensiones: sobre una superficie relativamente plana; pero también hay otras que incursionan en la tridimensionalidad, como la minería, dentro de las tradicionales). Así como el capitalismo industrial requirió una organización espacial propia para su desarrollo y expansión, que fue la parcelación en Estados nacionales (Nievas, 2018), la etapa financiera del capitalismo requiere de esta nueva espacialidad que permite que los capitales circulen, en términos prácticos, en tiempo real —que nos recuerda la necesidad del capital de “la anulación del espacio por el tiempo” (Marx, 1987.II: 13)—, pero cuya aparición tiene efectos en la estructura de dominación, generando una forma nueva de subsunción real del trabajo al capital, el llamado trabajo de plataformas, que disloca en gran medida las regulaciones estatales sobre la explotación obrera, obtenidas tras largas luchas. Una porción de la masa trabajadora, aún muy minoritaria pero creciente, queda despojada de protecciones y aun de formas organizativas: ¿cómo organizarse contra patronales deslocalizadas? ¿Cómo accionar contra empresas que son un software, y que operan mundialmente? Uber, por ejemplo, tiene sede en San Francisco, California, pero su sede fiscal está en los Países Bajos (Uber BV), y recauda a través de su filial en Bermudas (Uber International BV), pero sus trabajadores están dispersos en el mundo, ni siquiera se conocen entre sí. Ponen las herramientas de trabajo, asumen los costos y los riesgos. ¿No es la utopía del capital? Esto se replica en muchas

otras plataformas. Pero esto no es sino la punta del iceberg de una enorme y profunda reestructuración del trabajo. La pandemia de Covid-19 aceleró el proceso de implementación del trabajo a distancia (o tele-trabajo), que venía desarrollándose de manera bastante acotada. También posibilitó la extensión de tecnologías de control social que habían comenzado a implementarse tras la avanzada ideológica que impuso al “terrorismo” en la cúspide de las “preocupaciones” de la mayoría de los gobiernos. Eso, sumado a la “inseguridad” —en la época más segura de toda la historia de la humanidad— fueron parte de las avanzadas que conforman ese complejo fenómeno que mal llamamos “neoliberalismo”, cuando no es más que una etapa nueva del viejo y conocido capitalismo.

La irrupción de una nueva dimensión espacial posibilita, entre otras cuestiones, la automatización de procesos de manera autoadministrada y a distancia. Mediante la inteligencia artificial (IA) y la Internet de las cosas (IC) se minimiza todo lo imaginable el componente variable en la composición orgánica del capital, lo que genera un sobrante absoluto de fuerza de trabajo, que empeora las condiciones políticas y tiende al descenso de lucha entre clases. Debemos sumar a todo eso el análisis de *big data*, que potencia la capacidad de influencia del capital sobre nuestras conductas y nuestro pensamiento. Esta avanzada del capital sobre la clase obrera explica, en buena medida, los niveles de confusión que dan lugar a luchas erráticas como las señaladas. Confusión que también se observa en algunas teorizaciones sobre las “multitudes”, el *general intellect* y demás exquisiteces filosóficas.

La enorme transformación que supuso el paso del capitalismo mercantil al capitalismo industrial, que llevó a Marx a hablar de este último como “el” capitalismo —si bien en numerosos pasajes refiere a la etapa anterior, sea como pródromo o incluso como capitalismo, cuando se refiere a la producción capitalista en los siglos xiv y xv—, es probablemente comparable a la que estamos atravesando en el pasaje del capitalismo industrial al financiero. Si la mercancía genera un fetichismo que es necesario desembrozar, el dinero es fetichismo del fetichismo. En la época en que Marx trabajaba en *El capital* —aproximadamente desde mediados de los '50 hasta 1867— si bien los bancos emitían papel moneda, el sistema era fundamentalmente bimetálico. Aún no existían bancos centrales —quizás el primero en cumplir esa función haya sido el Banco de Inglaterra, fundado en 1694, a partir de mediados del siglo xix (Kwarteng, 2015: 71 ss.)— y el papel moneda era emitido por bancos privados. En la organización espacial propia del capitalismo industrial, el Estado nación, esa función pasó a los bancos centrales que, poco a poco, impusieron la circulación forzada del papel moneda, emitido por el Estado, convertible en oro hasta 1944, en que se tomó como patrón el dólar estadounidense, a su vez

convertible en oro hasta 1971 —el acuerdo Smithsoniano de Bretton Woods—, para luego pasar al dinero plástico —tarjetas—, electrónico y, actualmente —en desarrollo— las cripto-monedas, desde 2008. Aunque estas últimas no estén generalizadas, su propia existencia y uso, marca que estamos ante una situación novedosa, que sería miope restringir a lo económico. Se trata de un fenómeno complejo, de profunda transformación de las estructuras —y no sólo de las formas— de acumulación.

De manera progresiva hay un traspasamiento de funciones estatales a corporaciones que gestionan por sí mismas su dominio en diferentes planos, lo que no significa, por supuesto, una prescindencia del Estado. Pero nos enfrentamos a situaciones que parecerían paradójicas si no las incorporamos en un marco explicativo general: la tradicional definición de que “el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio —el concepto del «territorio» es esencial a la definición— reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima” (Weber, 1984: 1056), queda desfasada de una realidad en la que aparecen las compañías militares privadas (CMP) como factor de poder ineludible en todas y cada una de las guerras desarrolladas desde fines del siglo pasado y lo que va del corriente. A su vez, la legitimidad excluyente para la emisión de moneda ha quedado vulnerada por la aparición de las cripto-monedas. Asimismo, la savia que hace vivir al aparato estatal, que es la tributación, queda seriamente mermada cuando los grandes flujos de dinero escapan a toda carga impositiva mediante maniobras no siempre ilegales para recabar en los llamados paraísos fiscales.⁸

8. Vale citar in extenso la forma típica de estas maniobras: “En esencia, los negocios extraterritoriales consisten en manipular artificialmente los registros documentales del dinero que atraviesa las fronteras. Para entender hasta qué punto es artificial este procedimiento, consideremos el ejemplo de las bananas. Cada racimo de bananas toma por dos rutas hasta llegar a nuestra frutera. La primera ruta involucra a un trabajador hondureño, empleado por una multinacional, que recoge las bananas a ser empacadas y enviadas a Gran Bretaña. La multinacional vende las frutas a una gran cadena de supermercados, que a su vez nos la vende a nosotros.

La segunda ruta —los registros documentales de contaduría— es más indirecta. Cuando se vende una banana hondureña en Gran Bretaña, ¿dónde se generan las ganancias finales desde el punto de vista impositivo? ¿En Honduras? ¿En el supermercado británico? ¿En la sede estadounidense de la multinacional? ¿Cuánto aportan las competencias de gestión, la marca o el seguro a las ganancias y los costos?

Nadie puede decirlo con certeza, así que los contadores pueden más o menos inventarlo. Por ejemplo, podrían aconsejar a la empresa bananera que maneje su red de ventas desde las islas Caimán y sus servicios financieros desde Luxemburgo. La multinacional podría localizar su marca empresarial en Irlanda, su brazo transportista en la isla de Man, sus «competencias de gestión» en Jersey y su filial de seguros en Bermudas.

Todo esto nos pone frente a un panorama que no es de estabilidad sistémica con anomalías dentro de los márgenes de resiliencia, sino de una sostenida transformación del ordenamiento general, expresado tanto en los corpus jurídicos como en el ordenamiento territorial, en la actividad bélica, y, en definitiva, en la dinámica capitalista vista como síntesis. El creciente poder corporativo, que se patentiza cuando algunos fondos de inversión hacen añicos las pretensiones de soberanía de los Estados, o, como ocurrió recientemente, censuran de manera explícita al presidente de la supuesta primera potencia mundial, cada día da indicios más patentes de que se encamina al establecimiento de un nuevo orden, es decir, de una estabilidad con nuevas regulaciones. En este marco, también se redefinen los sujetos sociales.

Si hablar de burguesía y proletariado nos remite a las imágenes decimonónicas que presencié Marx —y sobre las que escribió—, evidentemente deberíamos suscribir la caducidad de la teoría y hasta de dichas clases sociales. Pero “burguesía” y “proletariado” son categorías complejas en la teoría de Marx, y, como definieron junto a Engels en *La ideología alemana*, son permanentemente formadas por la lucha de clases. La reformulación es permanente. ¿Alguien, sensatamente, podría suponer que un jubilado de un sistema privado, como las AFP chilenas o cualquier otro, que sin opción depositó su dinero en administradores que los derivan a fondos de pensión propietarios de negocios multimillonarios —bancos, hoteles, empresas tecnológicas, edificios, laboratorios, etc.— es un burgués porque jurídicamente es propietario de una alícuota parte de todo eso? Quien suponga que

[p]or burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado [y p]or proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir (Marx y Engels, 1974.I: 111)

sepa que esta simplificación, de Engels, es un pie de página incluido en la

Supongamos ahora que la filial financiera de Luxemburgo le presta dinero a la filial hondureña con un interés de 20 millones anuales. La filial hondureña deduce esa suma de sus beneficios locales, y así los reduce o los elimina por completo (junto con los correspondientes impuestos). Por su parte, los 20 millones de ingreso adicionales que obtiene la filial de Luxemburgo sólo son gravados según la exigua tasa impositiva de Luxemburgo, propia de los paraísos fiscales. Con un toque de su varita mágica, el contador ha hecho desaparecer una abultada cuota tributaria y el capital se ha fugado al mundo extraterritorial.” (Shaxson, 2014: 36-37).

edición inglesa del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1888, y que tanto él como Marx escribieron algo más al respecto, aportándole complejidad al asunto de las clases sociales.

Del mismo modo, tampoco el proletariado es únicamente el industrial —aunque sin dudas éste es parte del mismo—. Más arriba se señalaron los trabajos llamados “de plataforma” como ejemplo de deslocalización en el vínculo capital–fuerza de trabajo. Pero hay otras formas de trabajo deslocalizado. Uno de ellos, típico, es el de los centros de llamados, o *call centers*. Hace una década, había en Argentina 60.000 trabajadores de *call centers* (Lisdero, 2010: 68), con una rotación mensual que oscila entre el 20 % y el 30 % del personal, lo que es un claro indicador de las pésimas condiciones laborales (del Bono, 2010: 61). Gran parte de estos proletarios son estudiantes de nivel superior, que difícilmente se consideran como “clase obrera”, pese que muchas profesiones otrora liberales hoy son de ejercicio asalariado casi en su totalidad. El problema no es de la teoría, sino de la inadecuación de las categorías para poder utilizar la teoría. Recordemos que Engels oportunamente señalaba

que cuando no se conciben las cosas y sus relaciones recíprocas como fijas, sino como variables, también sus reflejos en la mente — los conceptos— se hallan igualmente sometidos a modificación y renovación, que no se los enclaustra en definiciones rígidas, sino que se los desarrolla dentro de su proceso de formación histórico o lógico, respectivamente (Marx, 1986.III: 16).

Cierta tendencia de tradición aristotélica que fija atributos a las cosas, y luego las vincula, torna dificultosa la observación dialéctica de los vínculos que son quienes “despiertan” o “ponen”, por así decir, atributos a las cosas. Entonces buscamos clases para ver su enfrentamiento, en lugar de observar la dinámica social para identificar las clases, que son siempre variantes, porque el dinamismo así lo establece.

La brutal concentración del capital en nuestra época, mucho mayor a la que pudo ver Marx, despeja toda duda respecto a la tendencia a la polarización que ya anunciaba en el *Manifiesto*. Solo mediante el redireccionamiento continuo de las energías políticas de los desposeídos —para lo cual desempeñan un papel nada desdeñable las ciencias sociales burguesas— ese tupido bosque es visto árbol por árbol, cada uno en su singularidad, y en la disputa entre ellos por la luz solar y los nutrientes del suelo. Y, dada la importancia de estas disputas, aparecieron los especialistas en los diversos tipos de raíces, de troncos y de copas. Se subsidia estas investigaciones, se instituy-

en burocracias científicas basadas en las especializaciones —cuyo desarrollo es, en sí mismo, algo positivo— pero esto se monta sobre un mecanismo ideológico tan simple como falaz: si especializarse es positivamente valorado, el generalismo, su opuesto, es, en consecuencia, negativamente valorado. No se advierte que no se trata de términos contradictorios sino complementarios. La pérdida de la universalidad, del conocimiento general, en el ámbito académico-científico, hace que el mismo se desplace fuera de dicho ámbito, y el diseño fáctico de la política científica recaiga, muda e inopinadamente, en los centros de financiamiento. En este marco, el conocimiento general se asienta en centros ligados a corporaciones —los llamados “think tank” — que organizan sentidos instituyendo “agendas”.⁹ Esto lo hacen de manera más abierta o más encubierta, pero siempre que se sigue el origen de una corriente se suele terminar en algunos de estos centros. Esas agendas, por su parte, son tomadas por gobiernos e intelectuales del establishment científico-académico y gestionadas públicamente. Entonces se imponen una serie de principios que parecen incuestionables, como, por ejemplo, que la ciencia debe servir para el desarrollo —principalmente económico— de un país, obviando que tal “servicio” no es más que un simple mecanismo de subsidio encubierto de la mayoría de la población al capital —capital que si, como suele ocurrir, elude en todo o en parte la tributación, sólo obtiene beneficios del Estado—. Entonces, especialización y transferencia, dos máximas del sistema científico-tecnológico, no son sino una participación de los académicos en la lucha de clases, pero en el nivel de tropa, en el que “él sigue siendo socialmente una criatura por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas.” (Marx, 1986.I: 8). Los estrategias no son ellos. La *intelligentsia* muestra, así, su carencia de inteligencia estratégica.

Esto ocurre en el marco de un fenómeno más intrincado, que es la creciente proletarianización de gran parte de la intelectualidad científica-académica. Pero, el compromiso afectivo —en el sentido que lo utilizaba Elías (2002)— ocluye la posibilidad de una reflexión relativamente objetiva sobre las propias condiciones de producción y existencia. La cultura y los valores pequeñoburgueses priman, trazando un horizonte cada vez más lejano de lo que aspiran

9. Un interesante ejemplo es la incorporación de la noción de “Estado fallido”, hoy un concepto popular en las ciencias sociales. Pero “el mismo no proviene de la academia sino de agencias gubernamentales, paragubernamentales como «think tanks» u organismos multilaterales, las principales de las cuales son la organización para la cooperación y el desarrollo económico (OCDE), Fund for Peace, la revista Foreign Policy, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el Departamento de Desarrollo Internacional del Reino Unido, el Banco Mundial y la Agencia Central de Inteligencia (CIA)” (Nieves; Sampó, 2016: 106)

a ser, y de dónde su realidad social se aparta sin que puedan percibirlo. Sin embargo, no sólo son trabajadores asalariados, en muchos casos mal pagos, sino que ya no deciden, sino mediante un autoengaño bastante burdo, sus objetos de interés. Los incentivos materiales y simbólicos funcionan tan bien en la academia, como lo hacen en el resto de las fracciones proletarias.

Nuevamente es menester observar el proceso de lucha de clases, en el que no hay clases que se enfrentan, sino que éstas se conforman perpetuamente como efecto de esa lucha. Las clases se reconstituyen a diario, no hay ninguna substancia sociológica en las mismas. De allí que sea necesario centrar la mirada en el carácter procesual de estas configuraciones sociales.

IV

Generar sensibilidades sobre algunas cuestiones implica, necesariamente, mermar la atención sobre otras. Dado que nuestro campo de percepción y de atención es limitado, es ineludible la jerarquización de las cuestiones a atender. Se construyen socialmente patrones de observación que organizan la percepción de la realidad de determinada manera, cuya síntesis también es efecto de la lucha de clases. Veamos un caso.

En 2019 hubo, en Argentina, 280 feminicidios —240 directos, 5 suicidios, 25 vinculados y 10 travesticidios, según consta en el Informe Final del Observatorio de Femicidios,¹⁰ de la Defensoría del Pueblo de la Nación Argentina—, número que es ventilado por los medios de difusión masiva. Pero, en el mismo período, hubo *al menos* 583 trabajadores muertos por causas laborales —global, que incluye accidentes de trabajo y enfermedades profesionales, según la Superintendencia de Riesgos de Trabajo—, pero que sólo refiere a los trabajadores registrados. Si incorporásemos a los no registrados en la misma proporción una proyección lineal nos da 875, pero si consideramos que el trabajo no registrado se realiza en condiciones menos cuidadas que las registradas, entonces los riesgos son mayores, y dicha proyección estaría sesgada a la baja.

¿No resulta llamativo que sea desde el propio Estado, aparato de dominación de los capitalistas, de donde se impulsa la perspectiva que concentra su atención en los asesinatos de mujeres? Sobre todo, resulta notable la falta de eficacia en atemperar el fenómeno que, por el contrario, crece año a año. Desde una perspectiva funcionalista, Foucault (1989), siguiendo una vieja

10. El término “femicidio” es un anglicismo, derivado del vocablo “femicide”. Aunque aceptado, el término castellano equivalente es “feminicidio”.

propuesta de Durkheim,¹¹ analizó la utilidad política de la cárcel en tanto institución, como reguladora de la tasa de delito —que no se dispare más allá de lo tolerable, y que no decaiga por debajo de lo necesario—. En esa línea de análisis resulta bastante evidente que los feminicidios, en tanto fenómeno social, cumplen una función: la de concentrar la atención sobre los mismos y la desatención, como efecto asociado, sobre otras situaciones relativamente equivalentes, como son las muertes por causas laborales. Alguien podrá preguntarse ¿es que hay alguna equivalencia entre un crimen y un accidente? Visto así, seguramente no. Pero son equivalentes en tanto en ambos casos se trata del tipo de muertes generalmente evitables. Esta funcionalidad explicaría, en definitiva, la ineficacia en la acción estatal para morigerar los feminicidios, toda vez que el enfoque desde el que se intenta abordar el fenómeno, de matriz punitiva —actuación ex post, culpabilizar / victimizar—, elimina toda posibilidad de actuación efectiva. Al igual que las políticas antidrogas, su perpetuo fracaso parece más ser un éxito, sólo que en otro plano de inteligibilidad. Por supuesto, ni la versión psicologista —de una presunta “perversión” de personas o aún del sistema— ni una versión conspirativa, dan cuenta del fenómeno en su totalidad, pese a lo tentador de apelar a tales visiones: la persistencia y crecimiento de los feminicidios oculta las muertes por causas laborales; en la medida que se mantiene esta matriz de pensamiento y, por lo tanto, con políticas ineficaces para su morigeración, los primeros siguen creciendo, y los segundos —que son efecto de la “flexibilización” o precarización laboral— siguen invisibles. Hay quienes pueden quedarse satisfechos con evidenciar esta dinámica.

No obstante, esta mirada resulta insuficiente, puesto que mostrar la funcionalidad de un fenómeno no es en sí mismo una explicación de sus causas. Atribuir la activación, diseño o ideación de las secuencias funcionales presentadas a personas particulares o grupos es ciertamente infantil. La dinámica que se instala no depende de la voluntad de nadie en particular, ni de todos en general. Por el contrario, está fuera de nuestro alcance volitivo, como efecto no deseado, pensado ni buscado por nadie en particular —se podría afirmar que las voluntades van, justamente, en sentido contrario—. Pero, como reza un adagio: “de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno”. El ordenamiento general, que, entre otras cosas, imprime sentidos que organizan cognitivamente la realidad, es lo que emerge de manera perma-

11. [...] el delito es normal porque una sociedad exenta del mismo es del todo imposible. [Y] es, por tanto, necesario; se halla ligado a las condiciones fundamentales de toda vida social, pero por esto mismo es útil; porque estas condiciones de que él es solidario son indispensables para la evolución normal de la moral y del derecho (Durkheim, 1985: 77; 79).

nente de esa actividad que llamamos “lucha de clases”. Tal ordenamiento es, naturalmente, siempre inestable, siempre provisorio, siempre resultante de las múltiples resoluciones de enfrentamientos, cuya concatenación última es mundial.¹² Cuando las fracciones dominantes se encuentran en situaciones muy favorables en la lucha de clases, uno de sus efectos es la diseminación de cierta “neblina ideológica”, cuya fuerza radica en sus pretensiones de novedad, y que logra imponerse por la complicidad o ignorancia de gran parte de los intelectuales.

No se trata, entonces, de origen, de un problema de conocimiento, sino que éste es el efecto de una relación de fuerzas entre las clases y fracciones de clase, que pugnan por el sostenimiento —unas— o el cambio —otras— de las condiciones de existencia, que es lo mismo que decir, por las condiciones de producción de dicha existencia. Como atinadamente sentenció Bertolt Brecht, el capitalismo es un caballero al que no le agrada que lo llamen por su nombre. Todo cuanto distraiga la atención respecto al capitalismo, a visibilizar sus mecanismos, redundará en beneficio para su supervivencia. La concentración en enemigos menores o imaginarios, el reemplazo de cuestiones sustantivas por otras que no lo son, respecto de la transformación del sistema, resulta funcional y es alentado de diversas maneras. Al capital en general no lo incomoda la lucha contra el “patriarcado”, cuya vaguedad es virtuosa, toda vez que acepta múltiples interpretaciones sin que ello genere contradicciones entre los grupos interpretantes; de tal modo, esa elasticidad conceptual se convierte en una virtud política.

No es, sin embargo, la actual una situación novedosa para la teoría de la lucha de clases. En las etapas en que esta lucha tiene poco desarrollo —recordemos que tal desarrollo no es acumulativo, sino que hay también involuciones— “los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos” (Marx y Engels, 1974.I: 118). En tanto los explotados se enfrenten entre sí en función de considerar factores reales o imaginarios distintos de su calidad de explotados, tal situación, sólo variará para profundizarse. Y solo basta ver la evolución de la concentración de la riqueza, en la escala que se lo desee hacer (espacial, por países, regiones o global; económica, por deciles, 1 % más rico, etc.), para comprobar cómo van unos y otros en este momento de la historia. El progresismo, típica expresión de la pequeña burguesía, contribuye, contra su deseo, a la profundización de las inequidades.

12. Esta interrelación es lo que, en ciencias naturales, han modelizado con el nombre de “teoría del caos”, que básicamente sostiene que los fenómenos de sistemas no lineales se pueden explicar, pero no predecir.

Bibliografía

ATTALI, Jacques: **Karl Marx o el espíritu del mundo. Biografía.** Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

DEL BONO, Andrea: "*La geografía de los call centers: territorio, trabajo y empleo*", en Roitman, Susana; Lisdero, Pedro y Marengo, Leonardo (comps.); **La llamada... El Trabajo y los trabajadores de Call Centers en Córdoba.** Córdoba, Jorge Sarmiento, 2010.

DURKHEIM, Émile: **Las reglas del método sociológico.** Madrid, Orbis, [1895] 1985.

ENGELS, Friedrich: **Anti Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring.** Buenos Aires, Cartago, 1975.

ENGELS, Friedrich: **Dialéctica de la naturaleza.** Madrid, Akal, 2017.

HESSEN, Boris: "*Las raíces socioeconómicas de la mecánica de Newton*", en Saldaña, Juan José; **Introducción a la teoría de la historia de las ciencias.** México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

FORMAN, Paul: **Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica. 1918-1927.** Madrid, Alianza, 1984.

FRYE, David: **Muros. La civilización a través de sus fronteras.** Madrid, Turner Noema, 2019.

KWARTENG, Kuasi: **El oro y el caos. Quinientos años de imperialismo, deudas y derrumbes.** Madrid, Turner Noema, 2015.

ELIAS, Norbert: **Compromiso y distanciamiento.** Barcelona, Península, 2002.

FOUCAULT, Michel: **Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión.** Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.

LAFARGUE, Paul: **El derecho a la pereza.** Buenos Aires, Ediciones Transición, 1955.

LISDERO, Pedro: "*Call Centers. Comunicación, Tecnología y Trabajo*", en Roitman, Susana; Lisdero, Pedro y Marengo, Leonardo (comps.); **La llamada... El Trabajo y los trabajadores de Call Centers en Córdoba.** Córdoba, Jorge Sarmiento, 2010.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: **La ideología alemana.** Montevideo, Pueblos Unidos, 1985.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *"Manifiesto del Partido Comunista"* en C. Marx y F. Engels; **Obras escogidas**, Moscú, Progreso, 1974.

MARX, Karl: **El capital. Crítica de la economía política**. México D.F., Siglo XXI, 1986.

MARX, Karl: **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858**. México D.F., Siglo XXI, 1987.

NIEVAS, Flabián: *"Marx, el espacio geográfico y el Estado"*, en **Sapientiae**, Luanda, Universidade Óscar Ribas, Julio-Diciembre de 2018, Volumen 4, Número 1, pp. 96-111.

NIEVAS, Flabián: **Lucha de clases. Una perspectiva teórica-epistemológica**. Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.

NIEVAS, Flabián y SAMPÓ, Carolina: *"¿Estados fallidos? O sobre la imposibilidad de constituir el estado nación moderno"*, en **Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad**, Bogotá, Enero-Junio de 2016, Volumen 11, Número 1, pp. 103-119.

SHAXSON, Nicholas: **Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

SCHUMMER, Joachim: *"La filosofía de la química. De la infancia hacia la madurez"*, en Baird, Davis; Scerri, Eric y McIntyre, Lee (coords.); **Filosofía de la química**. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2011.

VINCK, Dominique: **Ciencias y sociedad. Sociología del trabajo científico**. Barcelona, Gedisa, 2014.

WEBER, Max: **Economía y sociedad**. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1984.

WOODS, Alan Y GRANT, Ted: **Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna**. Madrid, Fundación Federico Engels, 2002.